

Laurie
Elizabeth Flynn

CHICAS ENCANTADORAS

Traducido del inglés por Cristina Martín Sanz

AdN Alianza de Novelas

Título original: *The Girls Are All So Nice Here*

Diseño de colección: Estudio Pep Carrió

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Copyright © 2021 by Laurie Elizabeth Flynn
© de la traducción: Cristina Martín Sanz, 2022
© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)
Madrid, 2022
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.AdNovelas.com

ISBN: 978-84-1362-680-2
Depósito legal: M. 243-2022
Printed in Spain

*Dedicado a todas las chicas
que consiguieron lo que querían
a un precio que no podían permitirse*



Chicas encantadoras



Entonces

Juntas éramos las reinas. Nuestro ancho reino era el césped del campus y su entramado de fiestas. Lo marcábamos como nuestro territorio, piernas delgadas como cerillas y terminadas en tacones de aguja que agujereaban el suelo, bocas de expresión malvada untadas con pintalabios y retorcidas en una carcajada. Había chicos cuyos nombres olvidé, chicos que a lo mejor pasaban por mi lado y yo ni siquiera recordaba si los había tenido dentro. Cuando elegía un rey, la corona le quedaba demasiado grande.

Pero entonces una mano se cerró en torno a nuestro mundo y bloqueó la luz. Estábamos de pie delante de la residencia de estudiantes, con todas las demás, contemplando la misma escena, una matanza que había comenzado en nuestro interior. Nuestra capacidad para crear desaparecía eclipsada por nuestro instinto de destruir.

Su voz en mi oído, nunca lo bastante asustada. «Tenemos que ceñirnos a una misma versión de lo sucedido.»

Me entraron ganas de salir huyendo, pero ella no había terminado de mover sus peones.

Nuestro reinado fue corto y sangriento.

Lo que vino después fue peor.

1

Ahora

Para: «Ambrosia Wellington» *a.wellington@wesleyan.edu*
De: «Comité de Antiguos Alumnos de Wesleyan» *reencuentro.promocion2007@gmail.com*
Asunto: Reencuentro promoción de 2007

Querida Ambrosia Wellington:

¡Marca la fecha en tu calendario!

El reencuentro de Diez Años de la Universidad Wesleyan de la promoción de 2007 tendrá lugar los días 25-28 de mayo de 2017. Acompáñanos para pasar un fin de semana poniéndonos al día con antiguas compañeras de clase y asistiendo a emocionantes eventos, entre otros la Fiesta de Todo el Campus y varias cenas de gala.

La inscripción podrá hacerse *online* hasta el 1 de mayo.

Si tienes pensado asistir, encontrarás una lista completa de los hoteles de la zona en la *página de alojamientos* de la Universidad Wesleyan. También están disponibles un número limitado de plazas en la propia residencia del campus. La mayoría de las habitaciones son dobles, ¡lo cual es perfecto para conectar con tu antigua compañera de cuarto y revivir recuerdos!

Atentamente,
Tu Comité de Antiguos Alumnos

Lo borro al instante, al igual que hago con los correos comerciales que recibo de Sephora y de Michael Kors y con los recordatorios de Fertility Friend que me dicen que la ovulación está justo a la vuelta de la esquina. Acto seguido vacío la papera, porque he aprendido a no pensar que algo ha desaparecido de verdad.

Dos semanas más tarde, llega un segundo correo. «¡Aún no hemos recibido tu respuesta! Estamos deseando que te reúnas con nosotras.» Es el equivalente escrito de un dedo acusador. También borro este mensaje, pero no antes de leer lo suficiente para ver el nombre de ella, en negrita, justo debajo de la lista de miembros del Comité de Antiguos Alumnos. Flora Banning.

Olvido los dos correos, porque ojos que no ven, corazón que no siente. Me resulta fácil, cuando cada día es una variación de lo mismo: coger el N de Astoria a Midtown, parar en Key Food a hacer la compra y volver cargada con unas bolsas reutilizables que se me clavan en los brazos. La hora feliz apretujada con hípsteres en el Ditty, una segunda copa de vino, a pesar de que Adrian me dice medio en broma: «Tal vez no deberías beber». Pero luego, el viernes, llego del trabajo con los hombros hundidos por el peso de toda la semana y me encuentro con un sobre en la encimera que va dirigido a mí.

—Hola, cielo —exclama Adrian desde su sitio en el sofá, tableta en mano, con la que sin duda está trabajando en su liga de fútbol de fantasía en vez de la novela perpetuamente inacabada de la que le gusta hablar—. ¿Qué tal el día?

—Otra vez te has dejado la puerta abierta. ¿Te importaría empezar a cerrarla con llave, como te dije? —Una de la miríada de cosas con las que machaco constantemente a Adrian es la de que cierre la puerta con llave. Que no deje abierta la bolsa de cereales. Que no deje tirada su ropa sucia. A veces me siento más como una madre que como una esposa.

—Relájate. Este edificio es muy seguro. Mira, ha llegado una cosa para ti. Me parece que nos han invitado a una boda. Salvo que hay alguien que no se ha enterado de que te casaste y cambiaste de apellido.

Mi apellido nuevo, un punto de orgullo masculino que Adrian fingió que para él no era importante. «Me da igual, pero ¿de verdad quieres que los niños lleven dos apellidos? Además, el tuyo es muy largo», me dijo cuando estábamos planeando la boda, el primer desgarrón en mi recién estrenada felicidad. «Los niños», una ilusionante certeza en su horizonte; mi concesión respecto de que los tuviéramos era algo esperado e inevitable.

El sobre que descansa en la encimera va dirigido a Ambrosia Wellington, con una bonita caligrafía. No a Ambrosia Turner, la mujer en que me convertí hace tres años, cuando recorrí el pasillo sombreado de árboles de la Mountain Lakes House en dirección a Adrian, que ya tenía lágrimas en los ojos. Le dejé creer que lo de Turner era para los dos, para los niños. Él no tenía ni idea de por qué yo estaba tan deseosa de librarme del apellido Wellington.

Adrian se vuelve, expectante, para ver cómo abro el sobre. Le encantan las bodas, o, mejor dicho, le encantan los banquetes, porque puede emborracharse y posar para hacerse fotos con gente que acaba de conocer, amigos íntimos instantáneos, e invitarlos a cenas y a barbacoas que todos sabemos que no van a celebrarse nunca.

—Bueno, ¿quién es? —pregunta—. Deja que lo adivine: Bethany, del trabajo. ¿Aún sigue saliendo con ese tipo tan alto? Mark. El jugador de *lacrosse*.

Adrian y sus amigos, cinco y seis años más jóvenes que yo, todavía publicaban fotos del compromiso en Facebook y en Instagram: chicas de melena larga calzadas con alpargatas de Chanel, manicura de gel para exhibir pedruscos con forma

de lágrima, posando al lado de chicos con camisas a cuadros. Las chicas de relaciones públicas que trabajan para mí en Brighton Dame son iguales.

«Muy básicas», así las definíamos cuando no existía posibilidad alguna de que termináramos siendo como ellas.

—Bethany tiene veintidós —murmuro extrayendo la tarjeta. Hago caso omiso de la reacción de Adrian, porque estoy concentrada en lo que hay dentro. No es una invitación de boda. Nadie solicita mi presencia en Gramercy Park ni me informa de que el código de etiqueta es corbata negra ni prescribe un banquete «solo para adultos».

Hay más caligrafía, rojo y negro sobre el papel crema de la tarjeta. Los colores de Wesleyan. La letras se inclinan ligeramente hacia la derecha, como si quien las ha escrito tuviera prisa por terminar.

«Ven. Tenemos que hablar de lo que hicimos esa noche.»

No hay firma, pero tampoco es necesario que la haya. Solo puede proceder de una persona. Siento calor en la cara y noto que se me están formando unas manchas blancas y rojas en el cuello, tal como me sucede cuando sufro un ataque de ansiedad. Me agarro al borde de la encimera. Ella sabe que he borrado los correos electrónicos. No debería sorprenderme; siempre lo sabía todo.

La voz de Adrian interrumpe la espiral de mis pensamientos.

—Este suspense me está matando. Más vale que se trate de la inauguración de un bar.

—No es una boda. —Meto la tarjeta de nuevo en su sobre y me lo guardo en el bolso. Más tarde lo pondré en el sitio donde escondo todo lo que no puede ver Adrian.

Él deja la tableta y se levanta del sofá. Por supuesto, ahora prefiere cultivar su capacidad de atención.

—¿Te encuentras bien? Tienes cara de querer vomitar.

Podría romper en pedazos la tarjeta, pero ya sé lo que ocurriría. Que llegaría otra. Ella ya era muy insistente entonces; probablemente ahora lo es más.

—No es nada. ¿Por qué no subimos a la azotea a tomar una copa? —La terraza de la azotea, con sus fragmentos del perfil de Manhattan, un atractivo de nuestro edificio que pensábamos que íbamos a aprovechar, pero rara vez aprovechamos.

Adrian hace un gesto afirmativo, con la curiosidad aplacada por el momento, y se estira sobre la encimera para darme un beso en la mejilla.

Le sonrío a mi marido, aliviada, contemplando su mata de pelo rizado, sus hoyuelos y sus bonitos ojos verdes. «Es super-sexi», dijo mi mejor amiga, Billie, cuando le enseñé la foto. Era exactamente igual que en su foto de perfil de la página de citas, y tal vez por eso me lo llevé a casa tras la primera cita, ambos reducidos a un batiburrillo de bocas y manos en el asiento trasero de un taxi que atravesaba Broadway a toda velocidad. Más tarde me enteré de que, si bien su foto no mentía —al contrario de lo que sucedió con otra docena de hombres antes que él, que pesaban todos por lo menos diez kilos más de lo que proclamaban—, la historia de su vida era falsa. Sí, había estudiado en la estatal de Florida, pero no llegó a acabar la carrera: la dejó en tercer curso para ponerse a trabajar en la misma novela de la que aún no ha terminado ni un solo capítulo. En ninguna parte de su resumen biográfico decía que era camarero, el único empleo fijo que ha tenido en su vida.

Pero yo pasé aquello por alto porque me trata bien, porque la gente se siente atraída por él, porque yo misma me sentía atraída por él y por su cordialidad y su seguridad en sí mismo. Adrian desconocía la persona que había sido yo en la universidad, pero le encantaba mi actual encarnación con tanta sencillez que pensé que yo no podía ser tan horrible

como creía todo el mundo. Jamás imaginé que iba a terminar estando con alguien cinco años más joven que yo, pero ser más vieja ha tenido sus beneficios. Nuestra diferencia de edad es lo bastante pequeña como para que hagamos buena pareja, pero lo bastante grande como para que los instintos de él sean más blandos, más maleables. Cuando dejé a un lado la idea de que alguien se me declarara porque ya estaba acercándome al final de la veintena, Adrian pilló la indirecta y escogió un anillo. No era el que yo quería, pero se le parecía bastante.

Adrian intenta generar conversación mientras subimos a la azotea, pero la vocecilla que oigo yo dentro de mi cabeza es más fuerte. La voz de ella. «Tenemos que hablar de lo que hicimos esa noche.»

Hubo dos noches diferentes, y no sé muy bien a cuál se refiere ella. Si a la que lo empezó todo o a la que le puso fin. Ella tampoco quiso nunca hablar de ello. Claro que se le daba mejor que a nadie infringir las normas.